

# The Significance of Making Reverent Gestures

**Do you have a petition for Bishop Sartain's prayer list?** You may send it to him at: Bishop Sartain's Prayer List, Diocese of Joliet; 425 Summit St., Joliet, IL 60435-7193.

Several weeks ago I had the privilege of addressing a crowd of more than 1,000 Hispanic parishioners gathered at Our Lady of Mount Carmel Church in Joliet as part of our diocesan Year of the Eucharist. The evening concluded with a period of Eucharistic adoration and procession that reminded me of a similar experience five years ago in Arkansas. Passing through the crowd, both times I was struck by the reverence and attention of young and old alike.

At one point along the way during the procession in Arkansas, I noticed that people began touching my vestments as I passed by. Their gesture momentarily caught me off guard, but then I began to think of the instances in the ministry of Jesus when people sought to touch him.

"She said to herself, 'If only I can touch his cloak, I shall be cured'" (Matthew 9:21; Mark 5:28).

"He had cured many and, as a result, those who had diseases were pressing upon him to touch him" (Mark 3:10).

"Whatever villages or towns or countryside he entered, they laid the sick in the marketplaces and begged him that they might touch only the tassel on his cloak; and as many as touched it were healed" (Mark 6:56; Matthew 14:35-36).

"Everyone in the crowd sought to touch him because power came forth from him and healed them all" (Luke 6:19).

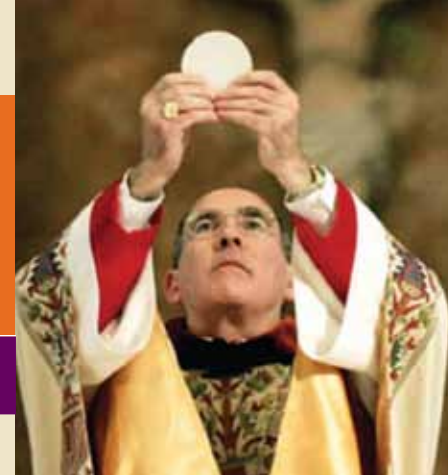
"People were bringing even infants to him that he might touch them, and when the disciples saw this, they rebuked them. Jesus, however, called the children to himself and said, 'Let the children come to me and do not prevent them; for the kingdom of God belongs to such as these. Amen, I say to you, whoever does not accept the kingdom of God like a child will not enter it'" (Luke 18:15-17).

Processing through the crowd, holding the Monstrance high, I felt

tangibly the reverence of those present for the Blessed Sacrament. Recalling these Scripture passages, I realized how desperately all of us long to touch the Lord Jesus, to be in his presence, to be nourished by his grace. Those who struck their chests, made the sign of the cross, or touched my vestments expressed their belief in the Real Presence and their acknowledgement that the Lord was with us. Their actions spoke louder than words.

Modern culture has lost its sense of reverence for things sacred, and we would do well to consciously recover it. There are many reasons we have neglected to cultivate gestures of reverence in recent years, among them an unwitting disparagement of "old-time" practices and a tendency to focus more on ourselves than on the Lord when at church.

However, we do God – and ourselves – a great disservice when we neglect to show reverence. Signs of reverence (respectful silence, bows, genuflections, signs of the cross, appropriate dress, arriving early and remaining for the entire Mass, conscious participation at Mass) increase our awareness of God's presence and help us to be more attentive to what he wishes to do for us. Reverence is the very least we owe God,



and we do owe it to him.

If we act the same in church as we do in a business meeting, in the classroom, in the family den, or on the sports field, we might forget why we are there. Remembering those in the Gospel who traveled miles merely to see the Lord, who stretched their hands through the boisterous crowd hoping to touch just the tassel of his cloak, we are reminded why we are there. We *should* act differently in church, but we also *need* to act differently in church. We need to physically, tangibly, re-direct our focus from ourselves to God.

When Jesus told his disciples they should not prevent the children from coming to touch him, he taught a great lesson. Luke places this passage strategically to contrast the behavior of children with that of some of the Pharisees and the wealthy. The childlike demonstrate naturally their total dependence on God.

Gestures of reverence bring us closer to the Lord. They are a means of paying attention to him, disposing ourselves to listen for his word and showing our love for him. As our parish churches are oases of welcome and hospitality, they should also be oases of quiet prayer, where we who make up the crowds seeking Jesus – the needy and sick and self-righteous and childlike and distracted and full of faith and spiritually poor and full of hope and busy with many things and hungry to the depths of our souls – come to worship him... and be renewed even by touching just the tassel of his cloak.

Bishop Peter Sartain  
*Christ is our Hope*  
July 2010



# H

ace algunas semanas atrás, tuve el privilegio de dirigirme a una multitud de más de 1,000 feligreses hispanos, quienes se reunieron en la parroquia de Nuestra Señora de Monte Carmelo en Joliet, como parte de nuestra celebración del Año Eucarístico Diocesano. La tarde concluyó con un tiempo de Adoración al Santísimo Sacramento y una procesión que me recordó una experiencia similar, vivida hace cinco años atrás en Arkansas. Pasando por medio de las personas, tanto en Arkansas como en Joliet, me llamó la atención la reverencia y el respeto tanto de jóvenes como adultos.

En un momento en el camino, durante la procesión en Arkansas, noté que las personas tocaban mis vestimentas mientras yo pasaba. Su gesto me tomó momentáneamente desprevenido, pero luego pensé en aquellos instantes en el ministerio de Jesús, cuando las personas procuraban tocarle.

"La mujer pensaba: 'Si logro tocar, aunque sólo sea su ropa, sanaré'" (Mateo 9, 21; Marcos 5, 28).

"Pues al verlo sanar a tantos, todas las personas que sufrían de algún mal se le echaban encima para tocarlo" (Marcos 3, 10).

"Y en todos los lugares adonde iba, pueblos, ciudades o aldeas, ponían a los enfermos en las plazas y le rogaban que les dejara tocar al menos el fleco de su manto. Y todos los que lo tocaban quedaban sanos" (Marcos 6, 56; Mateo 14, 35-36).

"Por eso cada cual trataba de tocarlo, porque de él salía una fuerza que los sanaba a todos" (Lucas 6, 19).

"Le traían también niños pequeñitos para que los tocara, pero los discípulos empezaron a reprender a esas personas. Jesús pidió que se los trajeran, diciendo: 'Dejen que los niños vengan a mí y no se lo impidan, porque el Reino de Dios pertenece a los que son como ellos. En verdad les digo que el que no reciba el Reino de Dios como niño no entrará en él'" (Lucas 18, 15-17).

Caminando en medio de las personas, con la custodia bien en alto, experimenté la reverencia de los presentes por el Santísimo Sacramento. Recordando estos pasajes de la Escritura, me doy cuenta de cuán desesperadamente todos nosotros queremos tocar al Señor Jesús; para estar en su presencia, para nutrirnos de su gracia. Aquellos que se golpean el pecho, que hicieron la señal de la cruz o tocaron mis vestimentas, expresaron su creencia en la Presencia Real y su reconocimiento que el Señor estaba con

nosotros. Sus acciones decían mucho más que sus palabras.

La cultura moderna ha perdido su sentido de reverencia por las cosas sagradas y bien haríamos nosotros en recuperar esa consciencia. Hay muchas razones por las cuales hemos descuidado cultivar los gestos de reverencia en los recientes años, entre ellas una desvalorización inconciente de prácticas que consideramos de "viejos tiempos" y una tendencia a centrarse más en nosotros mismos que en el Señor, cuando estamos en el templo.

Sin embargo, le hacemos a Dios – y nosotros – un gran desaire cuando olvidamos presentarle reverencia. Signos de reverencia (silencio respetuoso, inclinación, genuflexión, señal de la cruz, ropas apropiadas, llegar temprano y quedarse durante toda la Misa, la participación consciente en la Misa) aumentan nuestra consciencia de la presencia de Dios y, nos ayudan a estar más atentos a lo que él quiere hacer por nosotros. Los signos nos ayudan a transferir el centro de atención, de nosotros a él.

La reverencia es lo menos que nosotros debemos hacer por Dios y que nosotros se lo debemos a él.

Si nosotros actuáramos en la Iglesia del mismo modo que lo hacemos en

reuniones de negocio, en los salones de clase, en el lugar de la familia o en los campos de deporte, podríamos olvidar el porqué estamos allí. Recordemos aquellas personas del Evangelio que viajaron kilómetros para solo mirar al Señor, quienes extendían sus manos a través de la ruidosa multitud, esperando tocar sólo la borla de su manto, se nos recuerda el porqué estamos allí. *Debemos actuar* de forma diferente en el templo, pero también necesitamos actuar de forma diferente en el templo. *Necesitamos* físicamente, tangiblemente, re-orientar nuestro centro de atención de nosotros a Dios.

Cuando Jesús habló a sus discípulos diciéndoles que ellos no deberían impedir

que los niños vengan a tocarlo, dio una gran lección. El evangelista Lucas ubica este pasaje estratégicamente para contrastar el comportamiento de los niños con el de algunos fariseos y ricos. Los infantes demuestran naturalmente su total dependencia en Dios.

Los gestos de reverencia nos acercan al Señor. Son medios para poner atención a él, eliminándonos nosotros mismos para escuchar su palabra, y presentar nuestro amor por él. Tal

como nuestras parroquias que son oasis de bienvenida y hospitalidad, deberían también ser oasis de oración en silencio, donde nosotros, que somos parte de los que buscamos a Jesús – necesitados y enfermos e infantiles y distraídos y llenos de fe y pobres de espíritu y llenos de esperanza y ocupados con muchas cosas y hambrientos de las profundidades de nuestras almas – vienen a adorarlo... y ser renovados al tocar sólo la borla de su manto.

Obispo Peter Sartain  
*Cristo es nuestra Esperanza*  
julio/agosto 2010

